



La Misa del Domingo

2º Domingo de Navidad

3 de enero de 2015

Eclo 24, 1-2.8-12

Sal 147

Ef 1, 3-6. 15-18

Jn 1, 1-18

Subrayados de la Palabra

- **1ª lectura (Eclo 24, 1-2.8-12):** «Eché raíces entre un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad, y resido en la congregación plena de los santos».
- **2ª lectura (Ef 1, 3-6. 15-18):** «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo para que fuésemos santos, e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya».
- **Evangelio (Jn 1, 1-18):** «Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: "Éste es de quien dije: 'El que viene detrás de mí, pasa delante de mí, porque existía antes que yo'"».



La Misa del Domingo

Ecoss de la Palabra para jóvenes y comunidades

- En la primera lectura, del libro del Eclesiástico, llamado también Sirácida o Sabiduría de Ben Sirac, se nos habla de una Sabiduría que está muy por encima de todo lo que los seres humanos podamos aprender en este mundo. Esta Sabiduría viene de Dios, y Él desea que llegue a todos aquellos que quieran aceptarla. No es que esté reñida con la sabiduría de este mundo, pero sin ella nos perdemos todo lo que Dios ha querido enseñarnos, pues de eso se trata, ya que solo Él es nuestro Maestro en todo aquello que no podemos llegar por nosotros mismos.
- Las buenas noticias que ha recibido Pablo sobre la marcha de la comunidad de Éfeso le motivan a dar gracias a Dios y se convierten en una ocasión para pedirle que siga acompañando a esa comunidad de modo que vayan progresando hacia la estatura de Cristo Jesús, el Señor.
- La Palabra se hizo carne y vino a acampar entre nosotros. Esta ha sido la presencia real y constante de Dios en medio de su pueblo: la tienda primero, el templo después. Ahora su presencia se ha hecho real y viva, se ha hecho carne.

Proyecto de homilía

El tiempo litúrgico de la Navidad cuenta con este segundo domingo, terminada ya su octava, y antes de celebrar la Epifanía del Señor. Es como si Jesús quisiera prolongar unos días más su presencia en nuestro nacimiento, en el Belén de cada casa para que podamos seguir contemplándolo antes de la celebración de su manifestación a todos los pueblos.

Efectivamente, el hecho de que haya un segundo domingo entre las dos grandes solemnidades nos permite profundizar más en el misterio de la Navidad y nos ofrece la posibilidad de volvernos a reunir en asamblea eucarística para hacer presente a Jesús, nacido de María la Virgen, a la vez que poner de manifiesto la íntima conexión entre Encarnación, nacimiento y misterio Pascual.

Tanto la carta de Efesios como el prólogo de san Juan establecen esta vinculación. Así, san Juan, al afirmar la condición divina de la Palabra, en igualdad con el Padre, subraya dos misiones propias de la Palabra: en la creación y en la encarnación.



La Misa del Domingo

En la creación todas las cosas fueron hechas por la Palabra. Dios habló y la creación se hizo realidad. Todas las cosas se hicieron por la Palabra. Toda la creación nos está hablando de Dios Creador, sea como huella o vestigio, sea como imagen o semejanza en el hombre.

En la Encarnación, porque la Palabra fue enviada para engendrar como hijos de Dios a los que, recibéndola, creyeran en ella.

El testimonio de Juan, que aparece en la lectura del Evangelio, acredita la fuerza de la salvación que proviene de Jesucristo, a quien todos los profetas anunciaron (“El Hijo único nos lo ha dado a conocer”). Es bonito a este propósito recalcar en un comentario de san Agustín a este Prólogo, ya que pone de relieve el carácter singular de Jesús y puede servirnos también a nosotros hoy.

Juan y Cristo

Juan era la voz, pero el Señor es la Palabra que en el principio ya existía. Juan era una voz provisional; Cristo, desde el principio, es la Palabra eterna. Quitada la palabra, ¿y qué es la voz? Si no hay concepto, no hay más que un ruido vacío. La voz sin la palabra llega al oído, pero no edifica el corazón.

Pero veamos cómo suceden las cosas en la misma edificación de nuestro corazón. Cuando pienso lo que voy a decir, ya está la palabra presente en mi corazón; pero, si quiero hablarte, busco el modo de hacer llegar a tu corazón lo que está ya en el mío.

Al intentar que llegue hasta ti y se aposente en tu interior la palabra que hay ya en el mío, echo mano de la voz y, mediante ella, te hablo: el sonido de la voz hace llegar hasta ti el entendimiento de la palabra; y una vez que el sonido de la voz ha llevado hasta ti el concepto, el sonido desaparece, pero la palabra que el sonido condujo hasta ti está ya dentro de tu corazón, sin haber abandonado el mío.

Cuando la palabra ha pasado a ti, ¿no te parece que es el mismo sonido el que está diciendo: Ella tiene que crecer y yo tengo que menguar? El sonido de la voz se dejó sentir para cumplir su tarea y desapareció, como si dijera: Esta alegría mía está colmada. Retengamos la palabra, no perdamos la palabra concebida en la médula del alma.

¿Quieres ver cómo pasa la voz, mientras que la divinidad de la Palabra permanece? ¿Qué ha sido del bautismo de Juan? Cumplió su misión y desapareció. Ahora el que se frecuenta es el



La Misa del Domingo

bautismo de Cristo. Todos nosotros creemos en Cristo, esperamos la salvación en Cristo: esto es lo que la voz hizo sonar.

Pasa la Voz, Queda la Palabra

Continúa Agustín: Y precisamente porque resulta difícil distinguir la palabra de la voz, tomaron a Juan por el Mesías. La voz fue confundida con la palabra: pero la voz se reconoció a sí misma, para no ofender a la palabra. Dijo: No soy el Mesías, ni Elías, ni el Profeta.

Y cuando le preguntaron: ¿Quién eres?, respondió: Yo soy la voz que grita en el desierto: «Allanad el camino del Señor. » La voz que grita en el desierto, la voz que rompe el silencio. Allanad el camino del Señor, como si dijera: «Yo resueno para introducir la palabra en el corazón; pero ésta no se dignará venir a donde yo trato de introducirla, si no le allanáis el camino.»

¿Qué quiere decir: Allanad el camino, sino: «Suplicad debidamente»? ¿Qué significa: Allanad el camino, sino: «Pensad con humildad»? Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por el Mesías, y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio.

Si hubiera dicho: «Yo soy el Mesías», ¿cómo no lo hubieran creído con la mayor facilidad, si ya le tenían por tal antes de haberlo dicho? Pero no lo dijo: se reconoció a sí mismo, no permitió que lo confundieran, se humilló a sí mismo.

Comprendió dónde tenía su salvación; comprendió que no era más que una antorcha, y temió que el viento de la soberbia la pudiese apagar.

José Luis Guzón, sdb